

Hacia el Suroeste: letras a ras del suelo

Jorge Giraldo Ramírez

El suroeste antioqueño tiene más literatura que historiografía, más relatos que historia. La desproporción es mayor que la que se puede deducir de que tengamos dos perdurables sagas familiares que se expresan en las novelas *La casa de las dos palmas* (Manuel Mejía Vallejo, 1988) y *Toda esa gente* (Mario Escobar Velásquez, 2005) y, hasta ahora, solo una investigación comprehensiva sobre la región, *Los pueblos allende el río Cauca* (Juan Carlos Vélez, 2004).

La precocidad narrativa de la región tal vez quede patentada en el hecho de que entre los relatos tempranos antioqueños se encuentren las cuatro primeras cartas de Emiro Kastos a su amigo Camilo Antonio Echeverri, datadas en junio de 1856 en San

Juan, nombre con el cual los contemporáneos debemos entender Andes¹.

Desde entonces, y en ese arco temporal que ya supera los 170 años, en las tierras del Citará ha pelechado una literatura robusta, con figuras notables en el canon nacional, y como si fuera poco, el fogón de jóvenes que dio pie a todo un movimiento cultural trascendente: el nadaísmo. En medio de nombres conocidos y reconocidos, y de un amplio catálogo publicado y reeditado, también ha existido una narrativa modesta e inédita, digamos que una “literatura al ras del suelo”, apropiándonos de una definición que el crítico brasileño Antonio Cândido dio de la crónica, y dándole un significado más amplio².

La expresión “a ras del suelo” es afortunada debido a su ambivalencia. Logra capturar la diferencia que se trató de establecer entre la gran y pequeña literatura —“literatura menor”, dice Naranjo en el prólogo a su antología—; hace énfasis en la semejanza entre la imagen de la creación ficcional y aquella que no se propone ocultar la veracidad de los hechos y los personajes; establece

un vínculo entre el oficio profesional periodístico en el que se solía hablar de escribir “gastando suela” y el ejercicio aficionado, a veces eventual, de poner en negro sobre blanco algunas impresiones personales sin afán de publicidad.

De algunas de esas letras que podríamos llamar humildes me quiero ocupar en esta nota; no en vano la palabra humilde proviene de humus, la tierra. Letras surgidas y mantenidas a ras del suelo: cartas, sermones, informes, memorias. Letras al margen del circuito cultural y de las restricciones que impone la paga, porque eran ajenas a cualquier intervención pecuniaria. Letras suscitadas por la idea, la topografía y el rostro de las gentes del suroeste antioqueño.

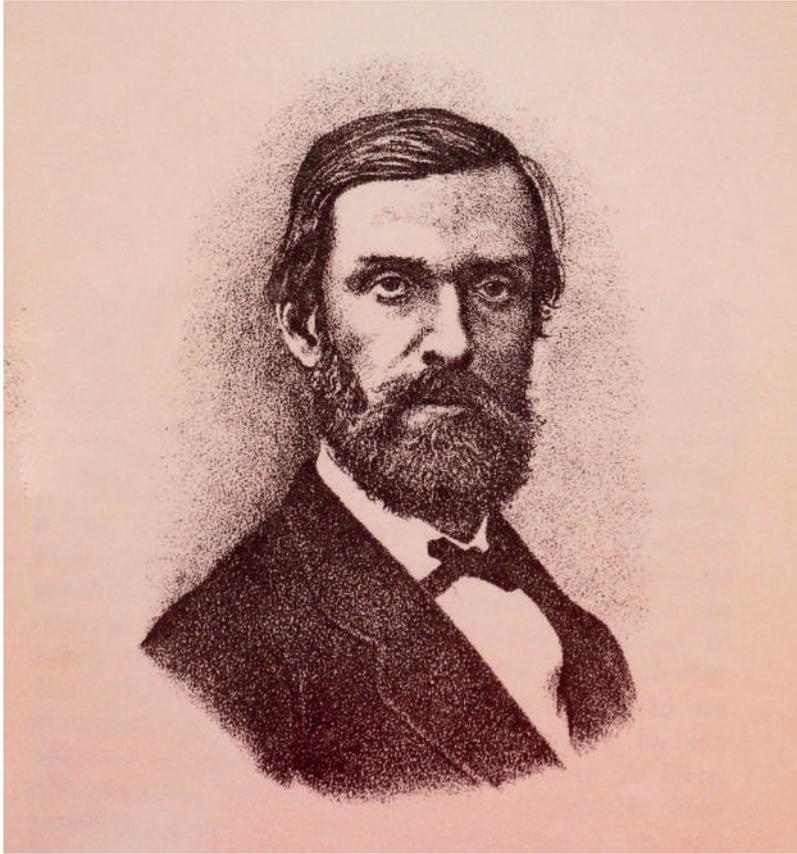
Cuatro autores, cuatro peregrinaciones

Emiro Kastos fue bautizado en Amagá como Juan de Dios Restrepo, en 1825, en tiempos en los cuales el innombrado suroeste se limitaba a este pueblo más Titiribí y Fredonia, es decir, cuando no se avizoraba la perspectiva de cruzar el Cauca hacia el sur en plan de poblamiento. Después de 1860, dijo Manuel Uribe Ángel: “Emiro Kastos abandonó la pluma, de un modo casi completo, y se entregó a otro género de ocupaciones”³, lo cual no quiere decir que antes hubiera dedicado todo su

¹ La expresión es de Jorge Alberto Naranjo, comp. (1995). *Antología del relato temprano antioqueño*. Medellín: Colección autores antioqueños. De hecho Naranjo encabeza su lista, no exhaustiva, con una carta de 1852 del mismo autor, la tercera de las llamadas “Cartas a un amigo de Bogotá”.

² Darío Jaramillo Agudelo, ed. (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Bogotá: Alfabara, p. 590. Citado por Julio Villanueva Chang, “El que enciende la luz. ¿Qué significa escribir una crónica hoy?”.

³ Manuel Uribe Ángel, “Emiro Kastos”, en Emiro Kastos (1885). *Artículos escogidos*. Londres: Publicado por Juan M. Fonnegra, p. XXIV



Emiro Kastos

tiempo a la escritura. De los autores que me ocupan, es el único que goza de un reconocimiento amplio como escritor, como se deduce de su inclusión en la ambiciosa antología que realizó Juan José Hoyos⁴.

En mayo de 1856, Restrepo se decidió a visitar una explotación aurífera reciente en Rioclaro, denominación que da a un paraje cercano a los riachuelos que ya se conocían como San Juan y Santa Rita, hoy en jurisdicción de Andes, y perteneciente al distrito de Concordia en aquel entonces.

⁴ Hoyos, Juan José (comp.). (2009). *La pasión de contar: el periodismo narrativo en Colombia, 1638-2000*. Medellín: Hombre Nuevo Editores - Editorial Universidad de Antioquia.

Luego de varios requerimientos para que fuera, escribe:

El lunes doce del corriente, día de Santa Domitila virgen y del patrón Santo Domingo de la Calzada, bajo cuyos auspicios puse mi humanidad doliente, llené mi carriel de cigarros, calcé fuertes alpargatas, empuñé mi bastón de peregrino, y, en compañía de un amigo y de mis perros, amigos también y de los más leales, tomé el camino de la montaña⁵.

Dos días duró su travesía; una caminata rápida, sin equipaje y sin otro

⁵ Emiro Kastos, p. 198.

propósito que llegar al destino previsto. Restrepo y su amigo no parecían tener muchas referencias sobre la región. No identifica los pueblos por los que salieron del valle de Aburrá y solo menciona dos de los toponímicos más notables: los Farallones del Citará y el río San Juan, ni siquiera el cruce del Cauca le merece una frase. Así que nos quedamos sin saber cuál fue la ruta precisa que siguieron, aunque es presumible que fuera la misma que dejó registrada Pedro Antonio Restrepo, uno de los fundadores de Andes y también escritor a ras de suelo. Emiro Kastos permaneció en la zona casi dos meses, pues llegó el 14 de mayo y aún el primero de agosto estaba redactando una cuarta misiva dirigida a Echeverri.

Siete años después ese mismo rumbo estaba tomando José María Gómez Ángel. El mismo rumbo con distinto sentido: Gómez Ángel no iba, huía; no visitaba, se escondía. Recién salido de la cárcel por oponerse a las medidas del gobierno de Mosquera contra la iglesia, se refugió por unas semanas en Itagüí y azogado por el asedio tomó la decisión de escapar y perderse en las lejanías del suroeste. Iba con otro fugado y con dos o tres acompañantes que hacían las veces de guías, avanzadas y escoltas desarmados, y que eran relevados por trechos: de Itagüí a La Miel, de allí a Fredonia, de la tutela del Cerro Bravo a Jericó, para atacar el destino final en Andes.

Se tomaron el doble de jornadas que Restrepo pues, en el peligro, la prudencia es enemiga de la prisa. El lastre no eran el equipaje ni la falta de preparación. Sabiendo lo que se les venía, José María y su compañero usaron las montañas de Caldas “con el objeto de ejercitarnos en bajar y subir, y para endurecer las plantas de nuestros pies, pues aunque hacía días habíamos abandonado el calzado, todavía estábamos delicados”⁶. Tenían bestias a su disposición, pero había que pasar de incógnitos, medir palabras, entrar a hurtadillas a los caseríos, moverse tras las faldas de la noche. Gómez Ángel —sin conocer esos lugares— sabía nombres de pueblos, cerros y quebradas, y se preocupó por recolectar más en su viaje. Permaneció en la región durante más de dos años, durante los que colaboró en la fundación de Jardín, el trazado de Bolívar y estuvo encargado de la parroquia de Fredonia.

Gómez Ángel nació en Medellín un año antes que Emiro Kastos y murió allí dos años después que este, a sus 72. Fue cura, ferviente y radical militante del conservatismo, consagrado a la iglesia y al mundo, como político y funcionario público, senador y rector de la Universidad de Antioquia. Fuera de la iglesia, su memoria se ha conservado como fuente imprescindible para los historiadores. Se dice que fue un destacado orador,

⁶ Gómez Ángel, José María. (1950). *Cartas a su madre*. En: *Repertorio Histórico*, XVIII (166-167-168), p. 231.

pero las letras eclesiales ya no son objeto del interés de los estudiosos de la literatura. Mejor suerte tuvo una colega suya, pero para hablar de su incursión habrá que saltar más de medio siglo.

El 31 de diciembre de 1908 llegó Laura Montoya a Jardín. Cuenta ella:

Salimos en los primeros días de diciembre. Éramos tres locas; ninguna estaba acostumbrada a esta clase de viajes. Pasamos, por consiguiente, las mayores dificultades, pero cada una con su ideal lo soportaba todo. Rosa, la señora viuda, en cada dificultad decía:

—No importa, si he de ver mi jardín con plantas bien raras.

Claudina decía:

—No importa, en los paseos lo mejor son las dificultades.

Y yo, ¡Ay! ¡Yo creía que cada dificultad me valdría un alma!⁷

El camino salía de Caldas, hacía travesía hasta el pie del Cerro Tusa para bajar al Cauca y después subir a Jericó, después se remontaba el río Piedras por un falso llano hasta Cañaveral para bajar a Jardín desde el Alto de las Flores.

Laura ya era grande en varios sentidos pues tenía 34 años y el volumen

de su figura ya la destacaba en las comitivas y hacía sufrir a las mulas. Venía a Jardín usando uno de los tantos ardidés que desplegó en su vida, al cabo de los cuales pasó de huérfana ambulante en Antioquia a santa con trono en Roma. El párroco Ezequiel Pérez la había cuenteado ese mayo previo, en Medellín, para que se viniera a fundar un colegio a Jardín, pues ya tenía fama como educadora. Pero ella apenas usó el pueblo como escala, pues enseguida armó viaje hacia lo que hoy es San Antonio del Chamí, en Risaralda, y metió en el viaje a otra señora que iba a buscar oro. Las guiaron unos baquianos que miniaban en el alto San Juan, se fueron a buscar el río Dojurgo, subieron al Paramillo entre palosantos y magnolios, en la vereda que hoy se llama La Mesenia. Se puso morada en el cruce, la mareó la escasez de oxígeno, pero pasando el filo vio a los primeros indios y le volvió el alma al cuerpo.

Después de una beatificación, una santificación, la publicación de la autobiografía y una telenovela, Laura Montoya Upegui no parece necesitar presentación. Es pertinente, sí, indicar que solo dos décadas después de su muerte, ocurrida en 1949, se publicó la primera edición, parcial, de su historia de vida, y que gran parte de su obra —2.814 cartas y 25 libros, según la página web de la congregación— permanece inédita.

⁷ Montoya Upegui, Laura. (2017). *Historia de las misericordias de Dios en un alma*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana - Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena.

El último autor que nos ocupa es Rufino Gutiérrez Isaza, periodista ocasional, funcionario público o representante político gran parte de su vida y miembro de la Academia Colombiana de Historia; paisa asentado durante el último tercio de su vida en Bogotá, del que parece obligatorio mencionar que fue hijo de Gregorio Gutiérrez González el autor de la celeberrima *Memoria científica sobre el cultivo del maíz en los climas cálidos del Estado de Antioquia*.

Gutiérrez volvió, de paso, a Antioquia en 1917. Por alguna razón que desconozco, prolongó un encargo que le hicieron en la capital del país y entró al departamento por Puerto Berrío, para detenerse en Medellín e incursionar, primero, en tres pueblos del occidente cercano y luego en el suroeste. Llegó a Amagá a finales de junio y desde allí partió hacia Titiribí, Concordia, Salgar, Bolívar, Andes, Jardín, Jericó, Támesis, Valparaíso y Caramanta, en ese orden, para continuar hacia el departamento de Caldas. Es el único de nuestros viajeros que no usa la palabra peregrinación y que pretende hacer un trabajo histórico y geográfico, en la línea de Manuel Uribe Ángel y de un obispo, tío materno suyo. En consecuencia, no suministra los detalles que ofrecieron los demás: las compañías, el equipaje, las contingencias que colorean los relatos. Pasa una noche, máximo dos, en cada pueblo, parte al otro día y escribe el reporte en el



siguiente destino, realizando un viaje agotador para cualquiera y en particular para él que ya tenía 63 años. Moriría cinco años más tarde.

Cuatro textos, cuatro perspectivas

Excepto el texto de Restrepo, ninguno de los otros tres estaba destinado a la publicación, aunque sí al futuro. Emiro Kastos hizo periodismo, principalmente, usando el género epistolar porque “deja libertad para variar el tono y el lenguaje constantemente, y se pueden revolver en papel los asuntos más variados, como en una olla podrida las legumbres más exóticas”⁸. La carta en cuestión es del 14 de mayo de 1856, estaba destinada al periódico *El pueblo de Medellín*

⁸ Emiro Kastos, p. 191.

y fue titulada “Un paseo por las montañas”.

El padre Gómez Ángel recurre a escribirle a su madre para sentar constancia histórica de sus pleitos con el gobierno, sus días en la cárcel, su arrepentimiento y posterior retractación, su huida. La fijación del texto de 1863 —bajo el título “Cartas a su madre”— se debe a la Academia Antioqueña de Historia y es de 1950. La madre Laura se tomó ocho años, entre 1925 y 1933, en escribir su libro, calificado por una experta como “una larga carta escrita a su confesor”⁹. El tiempo dedicado da la impresión de una escritura reposada, que no fue tal dado el activismo de la religiosa y trabajadora social, diríamos hoy. Lo de Gutiérrez son informes, contratados en principio por la gobernación de Cundinamarca, para dar cuenta del estado de los municipios del departamento. La publicación, casi inmediata, la hizo la Academia Colombiana de Historia¹⁰.

Estos escritos tienen un carácter testimonial, ante la familia, la sociedad o Dios; además, en su momento, sirvieron de aporte a los geógrafos como hoy les sirven a los historiadores e, independientemente de la valoración que se haga de ellos, constituyen —en especial, los tres primeros— parte del acervo literario antioqueño.

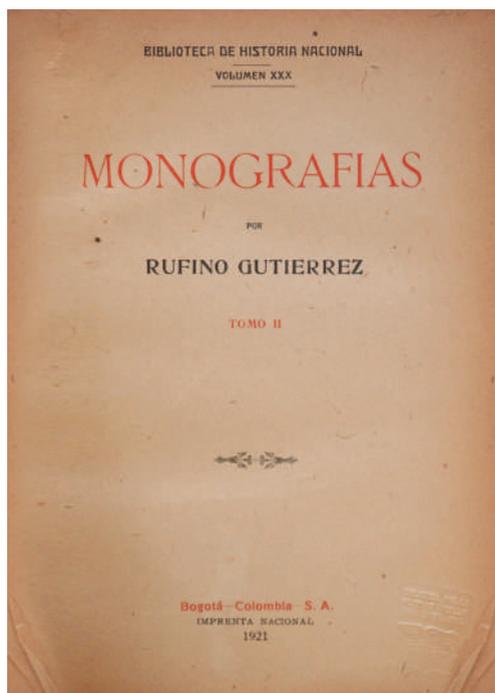
Si uno intenta ubicar la perspectiva de estos excursionistas siguiendo una tipología reciente,¹¹ el resultado podría ser el siguiente.

Emiro Kastos escribe como tal, pero viaja como el comerciante Juan de Dios Restrepo. Su objetivo es empresarial: conocer una nueva explotación minera. Un año antes de incursionar al suroeste había escrito un par de artículos largos sobre la minería en Antioquia y poco después abandonó las letras por los negocios. No un comerciante cualquiera, uno sensible. Emiro Kastos fue tal vez quien primero trazó las líneas críticas de una sociedad medellinense ordinaria y materialista que luego replicaron León de Greiff y Fernando González, y que sigue vigente. El suroeste le impresiona por su belleza, no solo por su potencialidad. En la literalidad de sus cartas, José María Gómez Ángel se ajusta bien a la figura del expatriado. Es un religioso pero ante todo es un fugitivo; se siente amenazado de muerte. Ese suroeste bello y virginal es la posibilidad de construir un mundo nuevo e inocente. El viaje de Laura Montoya es religioso, sin dudas, pero más intrincado; en apariencia se trata de una misión puramente pastoral que toma un ropaje laboral para poder llegar hasta Jardín y que esconde una tercera capa que es la

⁹ López, Nancy. Presentación. En: *Montoya*, p. 9.

¹⁰ Rufino Gutiérrez (1920). *Monografías*. Bogotá: Imprenta nacional.

¹¹ Fernández Christlieb, Federico. Caminar, dibujar. La marcha como origen del paisaje. En: Ángela Pérez y otros (2017). *Decir el lugar. Testimonios del paisaje colombiano*. Bogotá: Banco de la República, 57-58.



redención social del indio. Rufino Gutiérrez puede encajar en el tipo del explorador, aunque no de aquel que pretende llevar reportes inauditos al soberano sino el del visitante moderno que registra y actualiza el estado de un mundo conocido. A diferencia de Azara, Haenke, Ulloa y los demás con los que quiere emparentarlo su prologuista, en el suroeste solo ve el boceto desagradable de una zona por desarrollar.

La mirada que trasluce en los cuatro textos está informada por una visión de las gentes y del paisaje, entre otros elementos.

Restrepo y Gutiérrez parecen estar impregnados de una mirada positivista de la sociedad. Sorprendido por algunos de los habitantes de la región, Restrepo pasa por alto a los criollos mestizos que ya fungían

como colonos o explotadores de enclave. Le dedica dos páginas a un primer encuentro con otros habitantes: “Además de los monos, que son tal vez indios degenerados, encontré una partida de indios verdaderos en el corredor de un tambo, bailando danzas grotescas”¹². Posee una imagen heroica de los tiempos precolombinos y se aterra ante “estos pobres diablos” que “no tienen ya ninguna idea de patria, ni orgullo de raza, ni religión propia, ni siquiera recuerdos de su pasada grandeza”¹³. A los gringos de Rioclaro, en cambio, los ve “jóvenes, casi todos buenos mozos”, cuyos “modales” y “trato” declaran su pertenencia a la burguesía¹⁴. Siete décadas después Gutiérrez no encuentra extranjeros ni en Titiribí. Va de cabecera en cabecera y por tanto está topándose siempre con los mestizos que llevan medio siglo, más o menos, en la región. Una descripción típica es la que ofrece de los pobladores de Concordia:

Los habitantes del poblado son robustos y de regulares colores, y los de los campos más cálidos bastante anémicos. Han gozado ellos de la fama de ser muy pendencieros, pero parece que en los últimos años se van corrigiendo. Los mulatos son pocos, y muy escasos los negros¹⁵.

¹² Emiro Kastos, p. 198.

¹³ Emiro Kastos, p. 200.

¹⁴ Emiro Kastos, p. 203.

¹⁵ Gutiérrez, p. 314.

En el contraste con estos mestizos no deja de mostrar orgullo cuando, en un par de pueblos, creen que es inglés; no sabemos cuáles son sus pintas ni sus maneras, sí que carga sus propios cubiertos para comer. Se encontró con los indígenas ya establecidos en el camino de Andes a Jardín, destaca su adentramiento en la civilización marcado por la existencia de escuela y capilla, y nos avisa que el primero de ellos —a los que llama “caramantos”— fue a su vez “el primer asesino de la región”¹⁶. Ni los conquistadores, ni los primeros colonos, son sospechosos a sus ojos.

Muy diferente es la mirada de Gómez Ángel y Laura. Son religiosos que, al menos en su expresión escrita, conservan una estima benevolente, incluso igualitaria de los indígenas. Para el cura expatriado, “los indios fueron pacíficos poseedores de este territorio”;¹⁷ los mestizos, a grandes rasgos, están conformados por un primer grupo criminales que eludían el castigo penal, otro segundo integrado por personas que buscaban la subsistencia y el más reciente, el suyo, de los fieles católicos perseguidos por el gobierno. Para la religiosa, son un objeto de salvación; el camino elegido para llegar a Jardín hizo que Montoya y sus acompañantes esquivaran a los evangelizados por el padre Pérez en lo que se llamó Cristianía y siguió hacia la selva del

Chamí superando la montaña que separa a Antioquia de Caldas.

Bien sea que concibamos al paisaje como dependiente de la cultura —noción casi superflua— o, a la inversa, que aceptemos la radical idea de que “lo único que crea cultura es el paisaje”¹⁸, debemos dar cuenta del punto de vista que develan estos textos escritos a ras de suelo.

A pesar de pasar a volandas hacia el suroeste, Emiro Kastos tiene la sensibilidad suficiente como para levantar la cabeza y deslumbrarse con

los pichachos de los Farallones, inmóviles, majestuosos y solemnes como gigantes de piedra; y a lo lejos aparecían, turbando el verde uniforme de las montañas, blancas cascadas y precipitados arroyos, que a los rayos de sol matutinal brillaban como franjas de plata¹⁹.

Más expresivo y consciente se nos muestra el padre Gómez Ángel. Posee un mayor conocimiento de la geografía, no ve un territorio sino un hogar, tiene paciencia para detenerse en los múltiples miradores que ofrecen los filos montañoses y ofrece descripciones detalladas como esta:

Llegados al Alto de Lanas un nuevo horizonte se presentó a mi vista. Todo el valle del San Juan,

¹⁶ Gutiérrez, p. 322.

¹⁷ Gómez Ángel, p. 248.

¹⁸ Lezama Lima, José. (2005). *La expresión americana*. México: Fondo de Cultura Económica. Edición de Irlemar Chiampi. Edición Kindle, pos. 927.

¹⁹ Emiro Kastos, p. 198.

con sus afluentes, sus cordilleras que lo circundan, sus colinas, sus eternas selvas, sus fértiles y productivas haciendas. Colocado de frente al sol poniente, se descubre el río San Juan que arrastra sus aguas de sur a norte en un cauce formado entre rocas; impetuoso ruje sordamente y nadie se atrevería a pasarle a pie sin temeridad... los Farallones con su majestuosa elevación, su caprichosa forma, sus agudos picos y de laderas inaccesibles limitan el horizonte por el occidente...²⁰

Y continúa enumerando escasos poblados y numerosos ríos.

La madre Laura y Rufino González no parece que hubieran levantado la cabeza. La santa está absorta en el camino, viaja en medio de aguaceros, se le tragan zapatos y medias en los pantanos, así la lleven mulas y guías ella está atareada como jefe de la travesía. Si habla del cielo es del “cielo del cielo”, como decía san Agustín, no del cielo de la tierra. Su percepción del paisaje quedó plasmada en otro libro suyo, en el que no hay montañas y los ríos son apenas obstáculos a cruzar, y que está lleno de plantas, rutas y contingencias climáticas²¹. González, por su parte, solo ve una topografía sin intervenir o con pequeñas obras rudimentarias

y percederas. En casi un mes de viaje no da cuenta ni de las montañas ni de los ríos, ni de las luces ni de las cortinas acuosas que levantan los bosques. Combate a los locales porque quieren energía eléctrica en lugar de carreteras y quieren —los tamesinos y los jardineños— tener un parque más bonito en vez de anhelar un hospicio.

Todos expresan su desapego a Medellín: Restrepo resiente una sociedad obtusa, para Gómez Ángel es una Babilonia que lo quiere ver muerto, para Laura es la ciudad de gente escandalizada que la persigue a ella por liberal, Gutiérrez se siente animado por el progreso local, pero está más a gusto en Bogotá. Con esa referencia, el suroeste representó para ellos diversas oportunidades: una posibilidad económica más para Restrepo, fallida; una utopía para el padre José María, que realizó con la fundación de Jardín; el umbral para acceder al mundo indio de Laura, que hizo realidad en Dabeiba; unas leguas adicionales en su descripción del país para Gutiérrez.

²⁰ Gómez Ángel, p. 246.

²¹ Montoya Upegui, Laura. (2020). *Voces místicas de la naturaleza*. Rionegro: Fondo Editorial Universidad Católica de Oriente.

Pies fuertes, mano ligera

El prologuista de Gutiérrez — Diego Mendoza Pérez (1859-1933)— dice que el suyo es un trabajo a “vue-la pluma”. Pies fuertes para caminar, nalgas callosas para cabalgar y muñeca presta es lo que caracteriza a los escritores a ras de suelo. Tan pronto enfrentan la vivencia y encuentran respiro en sus caminos se arrostran con el papel. No los afana el oficio de escribir, pues no es el suyo, pero quieren contar lo que vieron.

Jorge Giraldo Ramírez

Jardín (Antioquia), 1957. Doctor en filosofía y profesor emérito de la Universidad EAFIT. Asesor académico de Narrativas Pueblerinas. Libros recientes: *Democracia y libertad: una conversación contemporánea* (Lecturas Comfama, 2019), *Marx después del marxismo* (Universidad de Antioquia, 2019), *Populistas a la colombiana* (Debate, 2018).